



FIESTAS Y NEGOCIO

En «El Liberal», de Bilbao, leemos unos comentarios a la liquidación de la Liga Monárquica de Vizcaya, de aquella Liga cuyo lema parecía ser: «Fiestas y negocio». Habida cuenta de que las fiestas son negocio y de que el negocio es fiesta ¡Pequeño negocio, por ejemplo, unas carreras de caballos! El juego, además, es fiesta y es negocio.

¡Aquella Liga Monárquica de Vizcaya, de que fué secretario el vistoso señor Unamúnzaga, asesinado recientemente de una manera algo misteriosa! El señor Unamúnzaga, a quien conocimos y tratamos algo, que era un retrato del pretendiente Carlos VII—lo que daba, por su edad, motivo a insinuaciones que él oía sonriente—, fué el que insinuó a un alcalde de Leona aquel homénaje de los alcaldes al rey don Alfonso. El señor Unamúnzaga era espejo de secretarios de Ayuntamiento. Perito, además, según demostró una vez al que esto escribe, en heráldica y genealogía vizcaína.

La Liga Monárquica de Vizcaya se disuvió. Los ligueros monárquicos, que están en el año de las vacas flacas, no quieren ya dar más dinero. El monarquismo no es ya lo bastante reproductivo.

Nació la Liga Monárquica, más que para combatir el nacionalismo vasco, el bizkaitarrismo—que preocupa grandemente en Palacio—, para convertirlo, para ver de hacerlo dinástico. Pues la dinastía, con tal de conservarse en el Poder, haría un reino federal, una Confederación monárquica y hasta socialista—pseudosocialista—con algún respecto.

Dice «El Liberal», de Bilbao, que «un caciquismo feroz, superior al de la «Piña» fenecida, está germinando en Vizcaya; superior, porque va a ser la alianza de la oligarquía del Poder público con el bizkaitarrismo, como puede advertirse por lo que está aconteciendo en la Diputación. Todo por el país: Orden, Paz y Trabajo».

Orden, Paz y Trabajo, ¿eh? Pero esto en toda España, no sólo en Vizcaya, no significa hoy para los ligueros monárquicos más que fiestas y negocio. ¿Orden? ¡Sí, sí; orden y hagan juego, señores! Sin orden anda mal el juego. ¿Paz? ¡Sí, sí; tengamos la fiesta en paz! La fiesta es negocio. ¿Trabajo? ¡Sí, sí; que nos dejen trabajar en nuestra fiesta, en nuestro negocio!

Bilbao está entre Santander y San Sebastián. En Bilbao no ha fundado aún M. Marquet ninguno de esos Casinos, templos del Orden, de la Paz y del Trabajo, donde se rinde culto a la lealtad. Esos Casinos, que son trasunto del que en Deauville sostiene M. Cornuché. (Ustedes saben que Deauville es una playa al occidente de El Havre, adonde van a «engolfarse» los aristócratas—llamémosles así—, y de la que el diario nada puritano «Le Matin» decía horrores.) Monsieur Cornuché es una especie de monsieur Marquet, así como éste nos recuerda a aquel M. Burnay, belga también, que tanto contribuyó al suicidio de don Carlos de Braganza por mano de Buíça.

¡Fiestas y negocio! He aquí el lema de toda Liga Monárquica hoy en España. El negocio es sagrado e inviolable; la fiesta es sagrada e inviolable. Pase lo que pase no se puede suspender una fiesta, como pase lo que pase no se suspende la misa del domingo.

El día en que se supo en Madrid la rendición de Santiago de Cuba, no por eso se suspendió la corrida de toros. El duelo con fiesta es menos. Así el pueblo soberano; así el otro. ¡Que nos dejen divertirnos!

Recordamos un suceso trágico, que costó la vida a dos estudiantes, fusilados por la guardia civil, y que acaso se pudo evitar si el gobernador civil toma a tiempo una providencia. Pero el buen hombre tenía en aquel momento una cita, y la carne no podía esperar. ¡Porque cuando el cuerpo pide fiesta!..

Esos monárquicos de las Ligas suelen ser negociantes y festivos. Las Ligas tienen mucho que ver con las festividades monárquicas.

Dicen que el 25 de éste se reanuda

la fiesta parlamentaria. Que también se quería que fuéese fuente de negocios. A base de éstos se acordó en Llodio la convocación del actual Parlamento, que había de ser festivo y negociativo. Sólo que la cosa marró.

¡Fiestas y negocio! O si ustedes quieren: Déporte y Agiotaje. Fiestas patrióticas, por supuesto, y negocios patrióticos también. ¡En este país de la lotería y de las corridas de toros, el lema no puede ser otro que fiestas y negocio! Hasta que se acabe todo ello como dicen que se acabó el rosario de la aurora.

El artículo de «El Liberal», de Bilbao, que nos sugiera estos comentarios acaba así: «También en Versalles se bailaba el cotillón la víspera de los Estados generales.» El cotillón; pero no el «fox-trot», ni en mangas de camisa.

Miguel de UNAMUNO

